

**Todo lo que era aire se disuelve contra lo sólido.**

**Eurocopa 2012, quijotismos y crisis española.**

Germán Labrador Méndez

### **El primer partido**

Este texto, o crónica, comienza con la llegada de su autor a Madrid un día señalado, en que se hacía pública la noticia de que el gobierno español, tras agravarse la situación de la banca nacional, había solicitado formalmente al Eurogrupo el llamado *rescate* económico, y lo había hecho algunas horas antes de que la selección de fútbol, flamante campeona de Europa y del mundo, disputase el primer partido de una Eurocopa en la que debía revalidar el título conquistado en 2008. Y por si esta planificada coincidencia no fuese lo suficientemente significativa, el presidente Mariano Rajoy quiso subrayarla al acudir como espectador al primer partido de la selección, un España-Italia llamado a reeditarse en la final, como en un extraño bucle. A aquel primer partido, Rajoy acudió con gesto impostado y taciturno, como un *pater familias* de doble vida, que vuelve acobardado a su casa familiar, y disimula. Con tal acto se hacía explícito que el fútbol iba a operar como telón de fondo fantástico de todo el teatro que ejecuta el gobierno de la nación en junio y julio de 2012, el teatro de venta del estado y traspaso oficial de soberanía al capital global.

Se trata de un telón de fondo fantástico pero, digámoslo ya, también quijotesco, porque el fútbol mantenía una relación de correlación excesiva con las fantasías y mecanismos que definen la España de comienzos de milenio. Los éxitos de la selección nacional en los últimos años, después de décadas de mediocridad y frustración, se interpretaron como el reconocimiento simbólico de la pujanza económica y geopolítica de una “marca España” que, en el año 2008 todavía se auto-imaginaba como “la octava economía del mundo” y, poco antes, se llamaba a sí misma la del “milagro español”. A principios de junio 2012, en semejante lógica, mientras se quería ensombrecer la truculenta secuencia del *rescate*, negado y afirmado varias veces, se buscaba reconocer signos interpretativos de los destinos nacionales en los pasos de la selección por la Eurocopa, como si de un juego de augurios se tratase. De ese modo, más allá de los intentos de ofrecer espectáculo en vez de crisis, se nos anunciaba la posibilidad de entender la crisis a través del

espectáculo. Lo que habría de comenzar como una analogía (*así en la realidad como en el fútbol*), después de tres semanas de competición acabaría sucediendo como fábula: *en el fútbol aquello que en la realidad nos niegan*.

En un texto juguetón a propósito de la Eurocopa, el escritor Juan Villoro analizaba el deporte como “versión incruenta de la guerra y refutación simbólica de la economía”. En el caso español, todo ello parece complicarse. En la España de la crisis, hoy es la economía la que quiere presentarse como una versión incruenta de la guerra, mientras que el deporte comienza a funcionar como una refutación económica de lo simbólico. Nada expresa mejor la configuración infraestructural de los años del *boom* español que la organización del fútbol como esfera, y quizá sólo su complejidad puede, a su vez, generar un juego como el de la selección o el del F.C. Barcelona: fluidos, prodigiosos. El fútbol, fábrica de pasiones nacionales, expresó, acelerando, la estructura rectora de la economía y la arquitectura fantástica de la nación. Así, por ejemplo, la recalificación de los terrenos de la ciudad deportiva del Real Madrid permitieron en 2004 la construcción de los rascacielos del Cuatro Torres Business Area, *skyline* de la capital neoliberal, en la que coincidieron bancos y fondos de inversión, agentes políticos y arquitectos estrella, tramas corruptas y agencias inmobiliarias que hoy ni existen. En la figura del presidente del Madrid, Florentino Pérez, confluye el poder político, el mundo del fútbol, el del marketing, las televisiones, las grandes empresas de infraestructuras y las inmobiliarias. Hombres como él se alimentan cada día con un cóctel explosivo que ha situado la economía española en la zona de riesgo crítico donde se encuentra. Son años resolviendo una misma ecuación con permanentes beneficios: reparto privado de plusvalías, especulación financiera-inmobiliaria y deuda pública. Para entender la confluencia total de flujos de capital y fútbol, basta con decir que la antigua “primera división” de la liga española hoy tiene nombre de banco: “Liga BBVA”.

El corazón monetario del mundo español de los 2000 está atado por densidad de lazos sanguíneos con esos equipos de ensueño, de futbolistas prodigiosos y juego visionario, que cristalizan mitopoéticamente en una selección nacional versátil y sofisticada, de jugadores con un sentido comercial de su imagen y un aura que entremezcla perfil chico de barrio, movimientos de videojuego e icono cosmopolita. Mientras la estructura del mundo de los años 2000, que hizo nacer equipos y jugadores como estos, se disolvía en el aire, quedaba entre nosotros su selección intacta, como un enigma, como una máquina de ensoñaciones póstumas, o como un pollo que corre sin cabeza.

Hay algo misterioso en la experiencia estética de la crisis española: que esta no se relaciona todavía con un imaginario de escasez y pobreza, condiciones existentes pero todavía invisibilizadas, sino con los símbolos del periodo expansivo anterior, los de abundancia y riqueza. En el barrio de Tetuán (un barrio popular estándar madrileño) en el año 2008, enfrente de mi casa, había ya ancianas buscando comida en la basura, porque su pensión no daba de sí lo suficiente. Ello era invisible, por ser traumático, para un país, España, cuya imaginación democrática se basa en dos ideas: ser un país cohesionado de clase media urbana y estar homologado respecto de cualquier otro país europeo. La prueba es que costaba mucho hacer creer esta historia: estaría loca, esa anciana, me decían.

La pobreza, en la España contemporánea, ha sido y es insimbolizable. Por ello, la manera de explicar la temporalidad de crisis consiste en enumerar la acumulación material de bienes, desmedida, de la última década, bienes que todavía duran. Ayuntamientos, bancos e inmobiliarias se endeudaron irresponsablemente, pero ahí quedan todas las cosas compradas en los años de bonanza y con las que ahora no se sabe qué hacer. En el caso de Bankia, la gran entidad se ha desplomado, la soberanía nacional se vende para evitar que sus accionistas prioritarios pierdan su dinero, pero todos los bloques de casas que habían servido de falsos activos están allí y ahora son propiedad del estado, que no sabe qué hacer con ellos. Las casas están, y las líneas de alta velocidad, las autovías privadas de peaje, los aeropuertos sin aviones en Ciudad Real, el puerto deportivo de Valencia, las Ciudades de la Cultura, los estadios de fútbol de Hal Foster, los rascacielos, los parques temáticos... Elefantes blancos de los que no puede pagarse ni su mantenimiento. Aquellas entidades físicas, espacios, cosas, que se habían usado para expresar relaciones de valor, ilimitados sueños de progreso, marcas de la presencia de flujos del capital global en este país, ahora, cuando ya no valen nada, allí siguen. Desprovistas de valor de cambio y repletas de valor de uso. Resultan enigmáticas por eso mismo. Condenadas a ruinas estando todavía pendientes de estrenarse. ¿Sería la selección nacional una de esas cosas? ¿En qué sentido sería capaz de expresar el cambio de temporalidad que se ha vivido?

“Demostremos a Europa de lo que somos capaces cuando estamos unidos”. Ese era el título de un anuncio de Coca-Cola de finales de mayo, de sintaxis bipolar. En él se intercambiaban *imágenes de la crisis*: edificios de viviendas sin concluir, titulares alertado de que el número de parados había superado los cinco millones, anuncios de la subida de la prima de riesgo por encima de los 500 puntos, noticias de la pérdida de confianza internacional en

la economía española, vídeos de la huelga general del 29 de marzo... La segunda parte del anuncio era un canto repentino a la esperanza: los aficionados de la selección rompían los periódicos con malas noticias y, entre gritos, el anuncio les informaba de que España es líder mundial en generosidad (donación de órganos y sangre) y de que ellos forman parte de una activa sociedad solidaria, compuesta de voluntarios y de organizaciones no gubernamentales. El triunfo de lo inmaterial sobre lo material, de la moral sobre la economía, presagiaba la necesaria victoria de la selección. *La magia de “la Roja”* (nombre periodístico de la selección nacional) y la *magia* de la *Coca-cola* se fusionarían entonces, expresando, frente a la Europa del capital y los mercados, la *natural* superioridad emocional de la nación y de su *ethos* pasional, idealista, que haría desaparecer *mágicamente* los problemas relacionados con la estructura económica del mundo y el lugar de esta nación en él.

Así se animaban toda suerte de lecturas geopolíticas en las que los aficionados deseaban, como fuese, que la final se jugase entre Alemania y un país rescatado. De alguna forma parecía activarse en lo simbólico el viejo conflicto entre la “antigua nación espiritual” y las “modernas naciones materiales”, mito que, en 1898, construyeron los publicistas españoles para enfrentarse a la expansión de Estados Unidos sobre los últimos restos del imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. “Deseo que ganéis porque los españoles necesitamos una alegría en tiempos tan complejos. El triunfo de la Selección sería un subidón de moral para España entera”. Con esas palabras despidió Mariano Rajoy a “la armada española”, como un general absurdo que envía a extraños soldados a una muy rara guerra.

### **La crisis y su experiencia estética**

Ahora, cuando escribo este texto, ya han empezado a llover, hirviendo, las medidas en las que se traduce el llamado *rescate*: privatización y desmembración de los restos del estado de bienestar aún no consumidos en los cuatro últimos años de *temporalidad de crisis*. Pero pasear por Madrid en esos días de junio era muy raro. Porque uno nunca sabe lo que es la Historia. Ante la historia, como ante el amor, o ante la muerte, uno nunca sabe exactamente cómo se supone que se debe sentir. Lo que yo sentía que había que sentir era algo dramático, una sensación ante el rescate como de caída del muro de Berlín, o como de *crash* del 29. Algo peor incluso, más bien la idea de un *ellos* que ha apretado un botón que

activa mecanismos a distancia, como *drones* o como máquinas de aniquilación total, y de estar viviendo *gratis* en ese medio tiempo, entre relámpago y tormenta, entretiempos en el que ha transcurrido la Eurocopa. Aquel fue como un día de cambio en el que nada cambia. Toda esa rareza, la anormalidad de una normalidad obscena, donde todo seguía su curso natural, entre la indiferencia colectiva, me recordó las páginas con las que muchos contemporáneos describieron la partida de tropas a la guerra cubana de 1898.

Para un emigrante, para alguien que lleva un tiempo sin volver, pongamos que seis meses, pero que sigue día a día virtualmente lo que sucede en su país, pasear por Madrid a mediados de junio permite ver los avances físicos de un proceso de evaporación, donde se disolvían en lo sólido aquellos signos que caracterizaron el periodo anterior de expansión y triunfo, dejando nada, dejando *la nada*, en su lugar. Los locales vacíos, vaciados, en todos los barrios, y también en el centro, llamaban la atención. Son una imagen insólita. escaparates que anuncian que ya no hay nada por dentro. Entre ellos destacan las sedes de sucursales bancarias de pronto clausuradas. Pensando en Zizek, me parecieron una poderosa metáfora de lo que ha sucedido: mantienen sus logos, su apariencia de bancos, sus símbolos existen, pero se puede ver perfectamente a través de los cristales que dentro no queda nada, que todo lo que contenían se lo llevaron a otra parte, y sobre todo, que dentro no hay dinero.

Estas sedes bancarias están directamente relacionadas con la intervención financiera. No sólo cierran sus sedes, los bancos también cierran los pisos que poseen. Lo dijo un lema del movimiento 15-M: “España, ese país de casas sin gente y de gentes sin casas”. Y, en efecto, las ciudades están pobladas de cientos de miles de viviendas sin nadie en su interior, mientras siguen creciendo el número de hipotecas que no se pagan, y, con él, el de desahucios. Frecuentemente, después de echar a sus dueños, la puerta de esos pisos se tapia con ladrillos. Otra imagen dialéctica. La de esas viviendas vacías, en las que ya no se puede entrar, que han arruinado cada una a una familia y entre todas a un país, pero en las que no puede vivir nadie, ni valen para nada. Viviendas vacías cuyo interior no puede verse se relacionan poderosamente con sedes vaciadas cuyo interior se enseña que está hueco.

Los súbitos vacíos hablan de una súbita nueva experiencia estética de la ciudad, en la que los símbolos del *boom* se han convertido en señales de la crisis: son lo mismo pero ya no lo significan. La multinacional sueca IKEA fue uno de los pájaros del rinoceronte en los años de expansión: hacían falta cientos de miles de *sillones poang*, *mesas bjursta* y *camas malm* para amueblar los cientos de miles de apartamentos que se compraban y vendían al mismo

ritmo creciente con el que abrieron sus diez sedes peninsulares. IKEA entonces, 2007, prometía que, con sus muebles, era “tu casa, tu reino” y que te ayudarían a fundar la “república independiente de tu casa”. En julio del 2012, IKEA promociona sus baratos complementos bajo el rótulo de “tu revolución empieza en casa”, y sus sedes se han reconvertido, a su pesar, en comedores sociales, debido al bajo coste de sus restaurantes, donde una familia puede comer albóndigas por un euro. Desde Madrid hasta cualquier pequeña capital de provincia, como Pontevedra, lo único que hoy se abre son tiendas de empeños, anunciadas con carteles amarillos y hombres-anuncio que gritan “compro oro”, invitando a vender la última pieza de valor, el anillo de boda, las medallas de la madre, las riquezas más íntimas, que encuentran su contrapunto para lo público en los recortes masivos en sanidad y educación.

El proceso está sólo en sus comienzos. Una nueva figura, quijotesca, apareció en esta tercera semana de julio: un hombre solicita limosna y trabajo vestido con un *polo* de Lacoste. El cocodrilo del logo fue la enseña de cierta clase media propietaria, que se imaginaba triunfadora en las escaramuzas de la pequeña especulación inmobiliaria (pido un crédito, compro un piso, lo vendo el próximo año por el doble de valor, vuelvo a hacer lo mismo al año siguiente, o lo alquilo y con el alquiler voy pagando la hipoteca, etc), pero ese signo se ofrece hoy en la vía pública como una *vanitas*, metonimia de la caída en desgracia, del giro de Fortuna, caída que debe mover a la piedad y la caridad cristiana, y no al escarnio o la risa...

Pero también hay otro lenguaje. En las avenidas principales de Madrid, entre la nueva indigencia y los nuevos lugares del vacío, la ciudad es ocupada por otros fantasmas. Los del aniversario del movimiento 15-M, nombre que recibieron las revueltas cívicas que, en mayo de 2011, ocuparon masivamente las plazas públicas de todas las ciudades españolas instalando campamentos, asambleas, talleres, foros, y reclamando pacíficamente a los poderes públicos una reforma estructural de las instituciones democráticas. La racionalidad de sus propuestas (inhabilitación de políticos acusados de corrupción, articulación de mecanismos de control democrático a las instituciones, transparencia en el gasto público, lucha contra el fraude fiscal, banca pública –frente a la nacionalización de las pérdidas-, programas de racionalización del *stock* de viviendas, etc) chocan con la falta total de escucha por parte de los representantes políticos. No sólo no les hicieron caso, sino que hicieron justo lo contrario de lo que pedían. En el entretiem po, la represión policial aumentó duramente. El 31 de diciembre de 2011 se licitó la compra de un millón de euros en gases

lacrimógenos. Desde 2009 seis personas han perdido un ojo y una ha muerto este año por disparos de balas de goma. Se limitan los derechos de reunión y manifestación. Se multiplican las denuncias de palizas y agresiones policiales en comisaría, que apenas se investigan.

Las sucursales vacías se pueblan de carteles y de anuncios varios. Los fantasmas del 15-M están en sus escaparates. Tratan así de que veamos algo más que un interior vacío. Otros lenguajes. Carteles, pegatinas, panfletos superpuestos, medio arrancados, todavía presentes. También hay graffiti y fantasmas de graffiti en las paredes. “Qué pasa con mi beca”. “Ladrones”. “Madrid=Mordor”. “Fuego camina conmigo”. Me inquietan esas pintadas desteñidas, fantasmales.

El río del lenguaje 15-M, con su descripción alternativa de la realidad, con su capacidad de imaginar utópicamente otro mundo y pragmáticamente otra crisis, otra salida de la crisis, aparece y reaparece puntualmente en las calles, pero es un río virtual, que continúa por redes sociales, blogs y páginas *web*, los otros cauces de la opinión pública. La figura de Rodrigo Rato (Ministro de Economía con Aznar en los años del *boom*, director del FMI en los años de la crisis financiera mundial, presidente de Bankia desde su diseño hasta su quiebra programada...) se ha convertido en una metonimia de esas relaciones. Jóvenes activistas a través de microdonaciones anónimas e información confidencial de trabajadores de Bankia han presentado contra él una querrela acusándole de falsedad y estafa. Reunieron miles de euros y de firmas en 24 horas. Muchos de los que quisieron contribuir no pudieron: el servidor estaba saturado.

Si algo ha cambiado definitivamente son las conversaciones. En las terrazas y en las cafeterías, en las calles, la gente habla de cosas que le preocupan. Ha vuelto la política a la esfera pública plebeya. A pesar de la crisis, las terrazas parece que siguen igual de llenas de gente.

Esta experiencia estética de la ciudad en crisis, fantasmal, hace irreal el Madrid celebrativo con el que convive, el Madrid de las tiendas para turistas pobladas de camisetas y banderas de la selección, el de los quioscos llenos de portadas rojigualdas. Es esa otra la ciudad que promociona marcas deportivas con anuncios de más de diez metros en la Puerta de Sol y en Bilbao, carteles en el metro o vídeos en pantallas enormes, en las sedes principales de los bancos en Gran Vía. La estatua del Héroe de Cascorro, soldado de la

guerra de Cuba, lleva también su enseña. En las fachadas menudean las banderas rojigualdas, ventana con ventana con carteles de “se vende”.

*Pero no era la misma magia.* Este Madrid celebrativo tuvo poco que ver con la ciudad del mundial en 2010, infantil, compulsiva, eufórica. Ahora había un vacío. Algo tristón en el ambiente. Durante las dos primeras semanas, sólo los turistas, los camareros y los vendedores ambulantes e indigentes llevaban camisetas de “La Roja”, unidos todos ellos en una misma estrategia de mercado, por un mismo circuito cromático, que organizaba el funcionamiento de las terrazas.

Alguien pintó un *graffiti* en una tapia con color violeta, el color que se combinaba con el rojo y el amarillo para formar la bandera constitucional de la Segunda República española, hoy el símbolo de una democracia por venir. Ese graffiti morado decía: *No a “La Roja”*.

### **La culpa mesocrática**

No se tardó en comprobar que la selección de fútbol no era ajena a la temporalidad de la crisis. Después de algunas dudas iniciales, acabó de confirmarlo un partido horroroso contra Croacia en la fase de clasificación. Porque no se trataba de ganar, sino de jugar bien, y esa plusvalía estética era lo único que podía levantar de nuevo el espejismo de la compensación moral simbólica de lo material político. “Somos los únicos que no nos hemos abrazado al pasar a cuartos de final”, se quejó el entrenador amargamente. Convocando el fantasma de la desunión nacional, este hombre que se hace llamar Del Bosque protestaba ante las críticas recibidas frente al juego conservador de España, estilo tacaño, juego austero, tanto como las propias medidas del gobierno. Y luego recalcó: “Hemos pasado de pobres a ricos rápido y no valoramos lo que tenemos”.

Era una lección de economía moral para las masas. Frente a la seguridad patriótica de aquel que cree merecérselo todo, que cree estar aquí como una emanación natural de todo el bien del mundo (tal fue el espíritu que presidió el horizonte de gasto de la nación en su última década), Del Bosque nos traía la memoria de la escasez, del subdesarrollo, la memoria de un pasado distinto donde la selección nacional –y la nación- sembraba rábanos y recogía calabazas. El discurso de la modernización pendiente por fin satisfecha ha sido clave en construcción imaginaria de la España democrática, y a menudo se señala que la España



contemporánea ejecutó numerosos cortes identitarios (cortes de memoria) entre los cuales uno de los fundamentales fue el olvido de su historia de la pobreza, de la historia popular, subalterna, de la dignidad y la supervivencia.

Para entender algo de la crisis española hay que subrayar que las expectativas de un colapso nacional, de un retorno a la pobreza, estaban completamente fuera del horizonte colectivo a comienzos de este siglo. Para un español (y un europeo) medio, la pobreza, la crisis social, la inestabilidad política, es algo que les sucede a otros, algo propio de países africanos o latinoamericanos, pero algo nunca concebible entre *nosotros*. La idea de que existe un pasado distinto, una historia diferente, que nos debería hacer pensar de un modo, otro no ha sido muy popular en la cultura hegemónica de la democracia. Algunos escritores como Rafael Chirbes han hecho de ello precisamente la línea de fuerza de sus obras. Esto es algo compartido en los países del mediterráneo, como han señalado el ensayista Jorge Valadas para Portugal o el novelista Petros Márkaris en Grecia. En tiempos de retirada, las artes performáticas interiorizan ese gesto, nos dice Del Bosque, y a una época de contención y de recortes, le corresponde un estilo tacaño, rácano, grisáceo. Todo lo que cabe exigir al entrenador de la selección, como al presidente del gobierno, es presentar resultados, datos, un marcador. No es cosa suya hacer feliz a la gente, ni satisfacer sus ansias de vivir en un mundo hermoso, aún durante el tiempo ritual de un partido de fútbol.

¿Para qué jugar a un juego, sea éste el del fútbol o el de las finanzas, el del capitalismo avanzado, si ni siquiera promete felicidad o hermosura? De un mismo motivo, *recuerda tu pasada pobreza*, se desprenden valoraciones contrarias. Lo que se juega en estos meses últimos, lo que se juega ahora, a lo que juega del Bosque, es a la moralización de la crisis, de las derrotas. Se busca establecer los parámetros de lo que está bien y de lo que se hizo mal, que es lo mismo que establecer caminos de entrada y de salida. Y es que el “hemos pasado de pobres a ricos demasiado rápido” es un eslogan vecino de otros, cercanos pero no idénticos, que van constituyendo el fermento del “sentido común” sobre la crisis. Entre ellos, el más conocido y popular es el *dictum* según el cual “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”, que apunta a la existencia de una culpa colectiva. Según este refrán, individuos e instituciones, quien más y quien menos, habrían consumido aquello que no tenían, hecho lo que no debían, y esperado lo que sabían no merecer, y ya era hora de que fuesen castigados por ello. Uno se fue de vacaciones al Caribe, otro se compró un piso que no podía pagar pensando en revenderlo, el de más allá un Mercedes, aquel tenía tres tarjetas

de crédito... todos culpables de soberbia, codicia, avaricia y egoísmo. Como la humedad, este discurso de la culpa colectiva va calando, ofreciendo una economía moral de clara matriz católica: todos culpables, en mayor o menor medida quizá, pero eso da igual, porque lo que nos iguala moralmente es la compartida condición de pecadores. La salida de la crisis pasa por arrepentirnos, aceptar la penitencia que unilateralmente nos impongan, y así alcanzar el perdón. En esta economía moral al gobierno le correspondería el papel de Santa Madre Iglesia, y a los mercados financieros, la Unión Europea y el FMI los de Santísima Trinidad.

En los últimos días el aumento de impuestos para entierros, cines o peluquerías sirvió a la aparición de frases semejantes en los telediarios. Copio aquí una especialmente afortunada: “la deuda es de todos y tenemos que pagarla entre todos”, decía una mujer de apenas cuarenta años en una peluquería céntrica de Madrid. Resulta obvio plantear que esas muletillas, que calan como la humedad y crecen como los hongos, enmascaran la desigualdad estructural en la distribución de la deuda y el impacto de la política de recortes del gobierno. Cuando más de dos tercios de la deuda privada corresponden a las inmobiliarias y grandes empresas que cotizan en la bolsa del IBEX35, resulta llamativo que se hable de pagar entre todos pero no de las partes proporcionales.

¿Pero quién ha vivido por encima de sus posibilidades? La experiencia colectiva del *boom*, como la de la selección, como la de la crisis, atraviesan el cuerpo social organizándolo conjuntamente, y haciendo muy difícil reclamar un afuera. “No puede ser que hasta los tontos estuviesen haciendo dinero” decía una joven vasca, niñera por placer en Philadelphia, en la discoteca *Pacha* de Nueva York. Para las élites sociales del país, la prueba fehaciente de que la coyuntura actual es una crisis moral colectiva, fruto de un pecado social nefando, reside en el hecho de que *hasta los tontos* se podían permitir viajes o coches que hasta aquel momento sólo *los listos* podían pagarse. La economía política de la crisis funciona como uno de esos juegos para los que los niños se entrenan y donde pierden los débiles: la patata caliente, la silla inglesa, el burro... todos juegan a lo mismo pero al final siempre hay uno, el *burro*, que se queda sin silla. Para perder da absolutamente igual que hubiese intentado sentarse en ella o no.

“Vuestra crisis no la pagamos”. En la televisión no salen los *saltos*, encuentros autónomos de indignados en el espacio público, en plazas, delante de sedes de partidos

políticos o instituciones, con ese y otros gritos. La realidad es que sí, que ya han comenzado a pagarla.

## **No contry for Nobel Prizes**

Siempre hay un horizonte para la redención futura. En este caso, los mensajes de penitencia se acompañan de suaves cantos de salvación, desplazados a un futuro lejano, muy lejano, en el espacio-tiempo. “Podemos” era el lema obamaniano de la selección en el mundial de 2010, y esa idea sigue circulando como un *mantra*, afirmando hoy que, en la unidad y la voluntad compartida y en el portarse bien, está la base de lograr futuros (y frecuentemente inmateriales) triunfos. Cae de nuevo la solución en la órbita teológica: sólo es la *gracia* la que nos puede salvar de nuestras acciones. Y esa gracia está en relación con una imaginación particular de lo nacional: el quijotismo.

Uno de los partidos más nefastos de la Eurocopa enfrentó a dos versiones de la misma crisis europea: España contra Portugal. Volvieron allí todos los fantasmas del mal juego. La política de austeridad deportiva conducía a la parálisis: no había una buena circulación del balón, lo que impedía que los futbolistas se metiesen en el partido, generar ocasiones, intercambios, economía. La falta de posesión de la pelota, que eso es el crédito, amenazaba con hacer colapsar el sistema de juego español. Al cabo, la eliminación de una de las dos economías deficitarias de la eurozona implicadas en el partido se decidió en los penaltis, donde una actuación resuelta de los españoles decidió el encuentro a su favor. En la semana siguiente tuvo una inmensa circulación por Internet y las redes sociales un vídeo con las reacciones al encuentro de un cierto periodista deportivo, Tomás Roncero, conocido por su espontaneidad en la gestión de sus emociones y por sus constantes alusiones a los genitales masculinos, como sede mitológica de la españolidad. Dijo:

Y somos la selección española, que hemos recuperado el orgullo que habíamos perdido, como país, porque estábamos ganando la Eurocopa sin emocionarnos. [...] España, por su genética tiene que emocionarse. [...] Porque esa es la historia de nuestra España, vibrando, no de decir “todos somos científicos”. No somos gente que gana Premios Nóbel. No valemos

para eso. No tenemos voluntad, ni capacidad para estar todo el día machacando. No somos tan fríos. Nos dejamos llevar por las emociones, por el corazón. [...] Por eso estamos en la final de Kiev. Y con un par. Y los alemanes, ahora sí que nos temen. Porque ahora se ha despertado la España de verdad.

Vemos activarse aquí todo el programa ideológico residual del nacionalismo español, con una densidad preciosista de la que ya casi no tenemos memoria. Lo que para Roncero es el ADN de la nación, es, en efecto, un dispositivo cultural característico de la modernidad española, que, ante el conflicto con una situación materialmente exigente, típica de los cambios fuertes de ciclo del capitalismo, responde proponiendo una implementación simbólica, una hipercorrección imaginaria. Se trata de la quijotización: una fantasía colectiva que abre la lectura del presente en una clave identitaria, donde España sería un *país de la pasión*, y los españoles líderes mundiales del corazón. ¿Qué importa la densidad de lo sólido frente a los imperios del aire? ¿Qué importa la “pérdida” de Cuba, o la subida de la prima de riesgo, los campos de concentración, la corrupción política o la disminución de la esperanza de vida si se es el dueño de un imperio cultural de vastos horizontes, creador de una de las lenguas más habladas del mundo? Se trata de mitos nacionalistas muy arraigados, aquellos que argumentan a favor de una “España de verdad”, cuyas gestas pueden leerse en su “historia”, basada en la superioridad simbólica, en el capital mágico, inmaterial. Y en un rechazo aristocrático a la modernidad capitalista.

Según estos ideólogos, España no es nación para científicos. Aún a su pesar, Roncero nos ofrece otra entrada en la crisis española, aquella que se interroga por el modelo productivo en que se basó la economía de la última década, que simplemente aceleró las condiciones del “largo ciclo” del que hablan los economistas del Observatorio Metropolitano de Madrid, en libros como *Fin de ciclo* o *La Crisis que viene*, publicados por Traficantes de Sueños y disponibles gratuitamente en pdf. La “necesidad de cambiar el sistema productivo” es otro de los fantasmas que recorren las estepas españolas llenas de adosados y urbanizaciones y ciudades dormitorio incompletas, desde la conciencia de que existe un capital humano de científicos, expertos, profesionales que han emigrado a otras latitudes, poniendo su formación al servicio de otras empresas y países, y que, sin esos

conocimientos y esos profesionales, no es posible ser otra cosa que una gigantesca estación de servicios, un área de descanso situada al sur de Europa.

Desde la perspectiva de Rancero, la salida quijotesca de la crisis pasaría por asumir lo que somos: un país dedicado al ladrillo, a la especulación, al turismo, y morir siendo eso, pero vibrando, y muy emocionados. El problema es que la cita anterior no es un simple *trendy topic*, y algunas de las medidas económicas de futuro efectivamente adoptadas por el gobierno actual demuestran que Rancero sólo es un síntoma de una compartida fantasía, que estimula la urbanización de los últimos tramos de litoral virgen, los recortes masivos en investigación y universidades, la apuesta por un modelo cultural de signo mercantil, la privatización de la Lotería pública (verdadera fábrica de sueños nacional-quijotistas)... Pero entre todas estas fantasías hay una particularmente inquietante y probable, la construcción de EuroVegas, un macrocomplejo de rascacielos con casinos en Madrid, que sería una isla fiscal y legal, financiada por las arcas públicas y regalada al magnate del juego Adelson, en el corazón de la península, creando una zona *franca*, de leyes distintas, capaz de simbolizar estrictamente las relaciones entre neoliberalismo, estado y nación en la España actual, allí, donde la metáfora y el referente son lo mismo, pues, en España, Las Vegas no se ha de construir en medio del desierto sino en su propia capital. En esos mismos días de Eurocopa una delegación de Adelson visitó en secreto posibles emplazamientos.

Rancero estaba llorando, mientras gritaba entres sollozos las palabras citadas, como si estuviesen apelando a aquello más íntimo y sagrado posible.

Los internautas que *retweetearon* el video se morían de la risa.

El mito quijotesco es tragicómico.

### **La final no es el final.**

Cuando llegó la final, la fantasía rojigualda del Madrid celebrativo se activó de improviso y, desde mi perspectiva, con éxito. Las banderas de España se multiplicaron, atadas al cuello, o a modo de pareo en las mujeres. La moda masculina de la celebración proponía polos rojos o equipamiento deportivo para chicos. En las chicas, festival escarlata en tonos continuos y complementos amarillos, del tipo vestido largo bermejo con cinturón gualda, y siempre banderita pintada en las mejillas. El consumo de barra de labios se disparó

entre el domingo y el lunes. Eros celebrativo: *Spanish red* en los labios era otro modo de encarnar la bandera nacional. La toma de la ciudad duró un par de días, el segundo con colapso del tráfico, y con el metro repleto, a pesar de que, aprovechando la coyuntura, habían vuelto a subir las tarifas de los transportes públicos. La elegancia del partido final, donde la *magia* estética de la selección volvió a activarse, rindió finalmente a la población resistente frente al retorno quijotista de su equipo, campeones del mundo. Así lo cristaliza la prensa en titulares: “La selección española hace historia” (Marca), “La prensa mundial se rinde a la roja” (Sport), “Una exhibición para la eternidad” (El País), “Mito eterno” (El Mundo). Un reportaje de primera hora ofrecido por los periodistas de La Tuerca, de la televisión autónoma Tele K de Vallecas, que ha sido cerrada por el gobierno madrileño en estas últimas semanas, daba la medida de la penetración de la matriz quijotesca: “-¿No se podía haber negociado el rescate con Alemania? –No, no porque los alemanes son superiores a nosotros en el tema de la economía, entonces mejor ganar la Eurocopa, que les jode más, porque ellos no pueden hacer nada”.

Dice el ensayista español Sánchez Ferlosio que no hay un momento de mayor plenitud para un pueblo que el de la victoria. Pero en esta ocasión la satisfacción ha sido efímera. Dos días después, los carteles de “casa en venta” y las banderas de España en los balcones siguen allí, recordándonos que en eso *nos* habíamos quedado. En las dos primeras semanas de julio los telediarios han tratado insistentemente de activar nuevos *remakes* de la victoria, partidos de la selección sub-19 de fútbol, entrenamientos de la selección olímpica... Pero no parece que haya mucho más combustible para abastecernos de las inmensas dosis de nacionalismo unitario necesario para mantener el descontento y la indignación social bajo control.

Inmensas reservas serían necesarias, pues acto siguiente un nuevo ciclo de acontecimientos se dispara, a partir de las recientes decisiones gubernamentales de ejecutar una serie de medidas a cambio de lograr el rescate financiero de la banca española, que la población no sabe si desea. Mientras se anuncian en el parlamento medidas radicales (segunda restricción de los sueldos de los empleados públicos, del seguro de desempleo, aumento de impuestos al consumo...) los diputados aplauden. Alguien entre ellos grita: “que se jodan”. Era Andrea Fabra, hija del presidente de la diputación de Castellón Carlos Fabra, imputado por corrupción, e impulsor de un famoso aeropuerto sin aviones, con todas sus instalaciones preparadas, pero sin uso alguno, donde en estos días se inaugura una colosal

estatua con su efigie, de 24 metros de altura (dos tercios del Cristo do Corcovado) con un avión de acero inoxidable que sale de su frente.

Como en la carta robada de Poe, el inventario de la descomposición está a la vista. Se publica en los periódicos. Mientras aumentan el número de suicidas y hay personas que se inmolan a lo bonzo o indigentes que mueren devorados por manadas de perros callejeros en Mataró, los juzgados no tienen bolígrafos pero sí listas de espera para conseguir un toner de impresora. El gobierno aprueba una amnistía fiscal para blanquear legalmente el dinero ganado oscuramente en todos estos años, al tiempo que ex-presidentes de gobiernos autonómicos son imputados o condenados por malversación de fondos. Destacados miembros de los principales partidos políticos se ven envueltos en inmensas tramas de corrupción. El presidente del Consejo General del Poder Judicial tiene que dimitir porque le gusta irse de vacaciones a Marbella a cargo de lo público. El Rey ha desaparecido después de romperse la cadera cazando elefantes en Botswana, invitado por un misterioso jeque del petróleo. Un manuscrito único (el Códex Calixtinus) aparece en casa del electricista de la catedral de Santiago, además de 600.000 euros que nadie echó de menos, en una catedral donde, literalmente, mueven el dinero en carretillas de obra. En esta espiral sin límite vuelven a destacar las palabras del presidente: “Los españoles no podemos decidir. No tenemos esa libertad”. De todas las mutaciones del lenguaje político del nacionalismo español esta es la que más me sorprende: la que propone como una tarea patriótica la renuncia colectiva a la soberanía nacional. Mientras el deporte funciona como una refutación económica de lo simbólico, la economía quiere presentarse como una versión incruenta de la guerra.

La experiencia de Grecia y de Portugal permite afirmar que la destrucción de las clases medias y de sus sistemas públicos de derechos es el objeto, y no otro, de las políticas actuales. El rescate pedirá en el futuro un nuevo rescate. Se produce, en el espacio socioeconómico, el mismo efecto de desertización que la península sufre en lo ecológico, tras años de incendios y gestión no sostenible. Como resultado de nuestro *crematorio*, esa espiral autodestructiva en el que se consume el manto social, lentamente emerge la roca dura, desértica, del siglo XX, con su historia de violencia de estado y orden público.

El jueves 12, apenas una semana después del desfile de la selección victoriosa, una marcha distinta tuvo lugar en Madrid, sin patrocinio de bancos, gobiernos o empresas, sin autobuses descapotables ni líderes políticos. Las fuerzas de seguridad estaban frente a ellos,

no les protegían. Tampoco había multitudes para recibirles como héroes. En vez de luminosos, las autoridades apagaron todas las luces del centro de Madrid. La Puerta del Sol se quedó a oscuras.

A la Puerta de Sol llegaba una marcha de mineros. Llevan varios meses en huelga tras conocerse que las ayudas que el sector recibe iban a desaparecer, significando la desaparición de los modos de vida de sus valles, y el futuro de su comunidad. Entre las distintas movilizaciones que han realizado (incluyendo encierros en las minas) se encuentra esta marcha a pie desde las cuencas hasta la capital. Cuando entraron en Sol, todo estaba a oscuras, pero encendieron las lámparas de carburante de sus cascos y, como dijo con una imagen un fotógrafo, ellos parecían luciérnagas.